



EDITORIAL

Somos los primeros en lamentar este editorial, pero nadie que tenga un poco de la conciencia que hay que tener podrá negar que se está produciendo lo que se está produciendo. Y cuando se está produciendo lo que se está produciendo es necesario dejar a un lado la cobardía, los intereses y si es preciso también a los parientes paternos. A nosotros, más que a nadie, nos repugna escribir y publicar este editorial, pero, como dijo nuestro insigne polígrafo: «¿Es que acaso una conciencia se puede mecer en la hamaca de la indolencia cuando a nuestro lado, quizá al alcance de las manos de nuestros pequeñuelos, la bestia ha desatado la horrrisona humareda de su aliento?». Hacemos nuestras estas clarividentes palabras, que parecen pronunciadas pasado mañana, sin ir más lejos. Por prudencia, quizá por caridad, nunca por temor, durante muchas

semanas hemos callado lo que ahora nuestra responsabilidad de ciudadanos nos impide continuar callando. No queremos que se piense que acusamos a nadie. Jamás lo haremos. A nosotros nos nos pertenece el derecho de señalar la senda de ninguna doctrina, pero sí modestamente podemos —y debemos— manifestar nuestra extrañeza ante hechos que son para cualquier mirada preocupada por el futuro, inusitados. Quizá ahora sea más necesaria que nunca una firmeza manejada por el brazo vigoroso de la prudencia, porque dos virtudes juntas son más que dos virtudes separadas. Podríamos argüir las sabias doctrinas agustinianas. Es más, con las reservas históricas comprensibles, hasta nos darían la razón muchas sabias meditaciones de las grandes figuras del paganismo helénico, pero nosotros somos de los que creemos que el hom-

bre de hoy debe enfrentarse a los problemas de hoy con soluciones de hoy. Platón no tiene la respuesta a nuestros problemas, pero tampoco la tienen, como piensan muchos, los monstruos futuristas creados por la mente febril de los Bradbury de turno. Quizá nuestras palabras nos creen enemigos, pero, sin que ello signifique que nos adhiramos al idealismo germánico decimonónico, no podemos dejar de ofrecer a la meditación pública las famosas palabras del imperativo categórico kantiano: «Al que Dios se la dé, San Pedro se la bendiga».

Correctamente; sin aspavientos ni histéricas, hemos dejado caer unas gotas de nuestro corazón de ciudadanos responsables. Si en algo sirven para el bien común estaremos suficientemente pagados.

H. L.



El aumento del nivel de vida ha servido para que el consumo de bebidas alcohólicas haya tenido un índice de crecimiento que para sí quisieran muchos planes de desarrollo. Desgraciadamente, también ha aumentado el número de los alcohólicos. Es el segundo caso en que el aumento del nivel de vida lleva aparejado también el del nivel de muerte. El primer caso fue, como se sabe, el del automovilismo.

